

SENTIDO MARXISTA Y SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA

POR

RAOUL PIGNAT (Suiza).

La concepción marxista de la historia es materialista. Según ella, en el encadenamiento irresistible de los acontecimientos, la producción de bienes materiales engendraría, sin cesar, modos nuevos de civilización que modelarían "hombres nuevos". Al rechazar la permanencia de una naturaleza humana, esencial en la diversidad aunque accidental en tiempos y lugares, los teóricos del marxismo hacen de los procesos económicos la infraestructura que modela los seres humanos y, por consiguiente, construye la historia. Esta última toma también la apariencia de un determinismo fatal, implacable, irresistible. La libertad del hombre consistiría entonces solamente en insertarse, voluntariamente, en esta evolución material para acelerarla.

El ideal de esta "revolución permanente", según palabras de Trotsky, está muy bien descrito en *El Marxismo-Leninismo* de Jean Ousset, al que les remitimos a ustedes.

Sin embargo se plantea una pregunta: Cuando se estudia la historia del movimiento comunista en el mundo, ¿se observa que los famosos procesos económicos fatales, irresistibles —de los que las voluntades humanas no serían más que el catalizador o el acelerador—, constituyen la trama de esta historia, el motor de la evolución, su factor esencial, determinante? Pregunta que también se puede formular de otra forma:

¿Qué parte corresponde en ella a la libre iniciativa, a la voluntad de los líderes del movimiento comunista y cuál al determinismo económico descrito por los teóricos?

I. LA FE LENINISTA.

Veamos lo que dice Carlos Marx. En el prefacio de su *Crítica de la economía política* (*) encontramos la definición que mejor resume la concepción materialista de la historia:

“El modo de producción de los medios materiales de existencia —escribe— determina en general los aspectos sociales, políticos e intelectuales de la vida. No es la conciencia de los seres humanos la que determina su existencia, sino, inversamente, es su existencia social la que determina su conciencia. Cuando la sociedad ha llegado a un cierto estado de desarrollo, sus fuerzas productivas llegan a oponerse al estado de cosas existente en materia de relaciones sociales para la producción; digamos, si se prefiere una expresión jurídica de la misma realidad, que llegan a oponerse a las relaciones de la propiedad en el seno de las cuales se había movido hasta entonces. Estas relaciones de propiedad que eran inicialmente formas de desarrollo de las fuerzas de producción se convierten en un freno de éstas. Entonces comienza un período de revoluciones sociales. Sus fundamentos económicos cambian; toda la inmensa superestructura es transformada más o menos rápidamente (1).

(*) Págs. 11-13 de la edición inglesa.

(1) Para precisar más y eliminar un mal entendido que se había desarrollado en ciertos círculos marxistas acerca de la contemplación materialista de la historia, he aquí lo que Engels explicaba a Jean Bloch en una carta del 21 de septiembre de 1890:

«Conforme a la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de una historia es finalmente la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo mismo hemos jamás afirmado otra cosa, ni nada más... Hacemos nuestra propia historia, pero la primera cosa que hay que notar es que la hacemos en el cuadro de hipótesis muy definidas. Entre éstas las condiciones económicas son, en definitiva, las condiciones decisivas. Pero las condiciones políticas, etc..., y hasta las tradiciones que ocupan los espíritus tienen también su papel a jugar aunque no se trate de un papel decisivo... La historia se crea de tal manera que el resultado final nace siempre de conflictos de un gran número de voluntades individuales, siendo cada una de esas mismas voluntades el resultado de una multitud

Lo que distingue el marxismo de las otras teorías sociales es la deducción sacada por Marx y Engels de su predominio en la historia: «Las condiciones económicas son, en definitiva, las condiciones decisivas», nos ha dicho Engels. «El modo de producción de los medios materiales de existencia determinan, en general, los aspectos sociales, políticos, intelectuales de la vida», ha dicho Marx.

No presentan, pues, esta deducción como una hipótesis. Para ellos es la evidencia. Es la guía de su acción y de lo que proponen a sus discípulos.

El artículo fundamental del *Manifiesto del partido comunista*, que Engels llamaba: «nuestra profesión de fe» (2), se expresa así:

“El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción entre las manos del Estado, es decir, del proletariado organizado en clase dominante, y para aumentar lo más rápidamente posible la cantidad de fuerzas productivas” (3).

Estos textos hacen que comprendamos qué quieren decir los marxistas cuando hablan del “carácter inevitable del comunismo”. Creen que la “media colectiva” o la “resultante común” de las voluntades de los proletarios y de los campesinos determinará a éstos aceptar voluntariamente una sociedad comunista basada en la abolición de la “propiedad privada de los medios de producción”.

“Resultante común”, “media colectiva”, engendradas a su vez por el “modo de producción” material, tal como Marx y Engels nos han dicho.

de condiciones particulares de vida... Pero aunque las voluntades individuales... no desemboquen en lo que quieren, sino que se vean ahogadas en una media colectiva, en una resultante común, no por eso es preciso concluir que su valor sea igual a cero. Por el contrario, cada una contribuye al resultado y por este hecho está incluida al resultado mismo» (Correspondencia entre Marx y Engels, edición inglesa, págs. 475-476).

(2) Carta confidencial a Marx de noviembre de 1867.

(3) *Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. du Progrès, pág. 60.

No podemos dudar de la adhesión de estos dos hombres a su "profesión de fe". Su confianza en la evolución espontánea de la sociedad bajo la irresistible presión del hecho social era tal que en 1870 decidieron disolver la primera internacional, fundada seis años antes, puesto que, según Engels, lejos de acelerar el proceso revolucionario lo frenaba.

Lenin no tenía tales ilusiones. El aparato revolucionario esbozado por Marx y Engels servía a sus designios. Sus teorías constituían una base ideológica que no se debía descuidar.

Pero veía demasiado bien qué locura era referirse solamente a los fenómenos espontáneos.

"La historia de cada país lo enseña —afirmaba—. La clase obrera abandonada a su propia fuerza no puede llegar a otra cosa más que a tener una buena conciencia sindical, es decir, a la convicción de que los obreros deben unirse en sindicatos, luchar contra los patronos, pedir al Gobierno tal o tal ley necesaria para los trabajadores, etc. La toma de conciencia revolucionaria o socialista no puede venir más que de la clase burguesa, de los intelectuales, de los fundadores del socialismo científico. Marx y Engels eran intelectuales burgueses".

Lenin se dio cuenta de que la revolución no tenía posibilidades de triunfar más que si se preparaba meticulosamente como una operación militar, que si se encuadraba por un cuerpo de conspiradores revolucionarios, capaces de sacar partido de todas las potencias de la naturaleza humana, lo mismo de la valentía que de la cobardía, de la concupiscencia que del ascetismo, de la avaricia que de la generosidad, de los celos que de la solidaridad fraternal; de tal manera que todo llevara agua al molino revolucionario.

Este cuerpo elegido fue el partido bolchevique.

El éxito de la revolución de octubre y la consolidación del poder de los soviets se explican por el genio de Lenin tanto como estrategia que como táctico. En esta materia era incomparable. Por el contrario, sus sucesores a los cuales les alcanza el mérito de haber continuado su obra, son pigmeos. Si fue el genio de Lenin el que hizo posible la revolución rusa, fue tam-

bién el leninismo el que aseguró el triunfo de la revolución china y la de Cuba. Los discípulos no han hecho más que aplicar la táctica del maestro, con la posibilidad de adaptación a las circunstancias que le caracterizaban.

Pero, por destructivo que haya sido el leninismo en toda las partes en que prevalearon, hay que poner en su activo, al menos, un resultado positivo: La práctica del leninismo es la demostración irrefutable de la bancarrota de la concepción materialista de la historia tal como fue expuesta por Marx y Engels.

Veamos algunos ejemplos:

La muy oficial *Historia del partido comunista de la Unión Soviética* nos enseña (4) que bajo el imperio del Zar el capitalismo y la estructura rural estaban muy atrasadas.

Este punto es discutible en lo que se refiere al desarrollo industrial y a la economía general rusa a principios del siglo. la revista *Est-Ouest* ha dado cifras interesantes, de las que algunas emanan del partido comunista poco después de la revolución (5).

De cualquier forma que fuera, eran posibles varias fórmulas, desde la simple distribución de las tierras, hasta formas de propiedad colectiva que oscilaban de un capitalismo popular a soluciones de tipo corporativo o cooperativo.

Un prudente empirismo habría dictado soluciones prácticas. Y no se excluye que la doctrina social de la iglesia hubiera aportado luces a los hombres políticos si hubieran tratado lealmente de utilizar la "fuerza del proletariado", de conformidad con los fines que las famosas "condiciones sociales" la determinaban a seguir:

De hecho, si excluimos el breve interregno de la Nueva Política Económica, juzgada indispensable por el Gobierno, a fin de calmar a los campesinos, si excluimos el período aún más breve del "mando de los trabajadores", inmediatamente des-

(4) Págs. 5-6.

(5) 16 a 29 de febrero de 1968. — 86 Boulevard Haussmann, París, 8.

pués de la revolución constatamos que toda la historia del régimen soviético es la puesta en vigor de lo que Lenin describe como: "La disciplina más brutal del ejército de los obreros para asegurar la seguridad de nuestro país, de nuestra república" (6).

En la industria, se hizo rápidamente patente al proletariado que el socialismo no tenía nada de común con la aspiración de los trabajadores a la propiedad y al control de los medios de producción, sino que en la práctica significaba no solamente la substitución de los numerosos capitalistas que competían en tiempos de los zares por un solo capitalista —el Estado soviético—, sino también la liquidación del sindicalismo libre.

Esta decepción, este engaño a las pretendidas leyes del materialismo histórico engendraban la rebelión.

La primera tentativa contra el totalitarismo comunista fue el amotinamiento de los marinos de Kronstadt a los gritos de: "¡Soviets sin comunistas!" Rápidamente fue ahogada con la sangre de los proletarios.

Y se asistió a la puesta en marcha de un aparato terrorista.

La autoridad absoluta de los dirigentes del partido era reforzada: por sindicatos de dirección comunista, considerados como simples correas de transmisión, y por una policía secreta.

La servidumbre rusa anterior parecía un paraíso terrenal comparada con la suerte del trabajador soviético. Y todavía los proletarios de la industria salieron bien librados en comparación con el proletariado agrícola.

Fuere lo que fuere, a la luz de las teorías marxistas, según las cuales un estado social determina la consciencia del hombre, se esperaba poder constatar que el régimen soviético confirmara y expresase las aspiraciones del proletariado vencedor y de sus aliados los campesinos.

Se esperaba el encontrar en Rusia Soviética, más que en ninguna otra parte, un ejemplo clásico de *la determinación de la consciencia por las condiciones sociales*.

Esta tesis marxista la habría confirmado la revolución de oc-

(6) Conferencia a los activistas del Partido 17-X-1921.

tubre si la Unión Soviética hubiera adoptado una política esencialmente distributiva.

¿No era acaso la aspiración de los trabajadores luchar contra la manumisión capitalista y obtener la mejor distribución de la propiedad? ¿La aspiración de los campesinos no era un campesinado nuevamente "liberado"? En efecto, para imponerse a la voluntad del régimen rural, el régimen no encontró otra alternativa que el recurso en gran escala al genocidio.

Un genocidio del que las declaraciones de Stalin a Winston Churchill hace entrever su brutalidad: Declara que el precio de la sangre vertida para colectivizar Ucrania fue más pesado que el de la última guerra. El clima de terrorismo necesario para hacer posible la "inevitable" evolución social de la Rusia Soviética llegó a ser intolerable hasta en las esferas dirigentes del partido.

Hace ya varios años que el secretario general ha reconocido públicamente este hecho.

Jacques Ploncand d'Assac en *Lenin y la técnica del golpe estado*, estudio publicado en la revista *Permanences* (7), muestra que la toma del poder por los comunistas, en octubre, no era producto del gran número y no correspondía a lo que esperaban los revolucionarios que habían derribado al Zar. Y sin embargo se trata de hacernos creer que en esa época la conciencia de los trabajadores y de los campesinos revolucionarios estaba estrechamente expresada, si no definida, por su "existencia social" bajo el antiguo régimen. Pero, por grande que sea el esfuerzo de imaginación que se haga, no se puede afirmar que la Rusia de hoy día sea un reflejo de la conciencia del pueblo ruso, o que el progreso de la revolución esté determinado por el modo dominante de la producción, sea antes, sea después de 1917.

Como hemos visto, la implantación del marxismo se realizó por el terror. Y es difícil poder demostrar que la *primera etapa* de la revolución reflejara la conciencia y las aspiraciones de la mayoría del pueblo ruso.

(7) En venta en CLC 49, rue des Renaudes, 75, París, 17.

Pero ¿cuál no es el embarazo de los marxistas que buscan dar una interpretación materialista de la sociedad soviética cuando quieren explicar lo que pasó en Rusia desde 1921!

Esta *segunda* etapa de la revolución se explica solamente por la ideología de los bolcheviques y por la firme convicción de los que, como Stalin, han luchado ferozmente para imponer su teoría, a no importa qué precio y contra no importe qué oposición. Ni la efusión de sangre, ni la persistencia del terrorismo más sangriento de la historia les ha hecho dar marcha atrás.

El triunfo del marxismo en Rusia demuestra hasta la saciedad la *primacia de la fe* en las determinaciones de la sociedad humana.

Hablamos de "fe" en un sentido muy general, no de la adhesión del espíritu, del corazón y de la voluntad a la verdad revelada por Dios, expresada en los dogmas y tal como lo entiende la Iglesia católica.

Hablamos de una creencia que dirige los actos, anima las voluntades, galvaniza los esfuerzos y permite los cambios más inesperados en las naciones y el universo. Creencia, "fe" —en sentido general— que en el caso del marxismo lleva solamente a una visión general del hombre y del mundo, como dice Lieu-Cha-Tchi, acerca de una concepción y del mundo de la inteligencia humana y del sentido de la vida. Creencia, "fe", que en el caso del marxismo tiene horror a todo dogma que pudiera expresar una verdad a cualquier bien o a algo bello que tuviera un valor trascendente, intemporal.

Pero al fin se trata de una creencia, de una "fe" que no deja de tener una potencia extraordinaria.

Piénsese lo que se piense de la fe de los bolcheviques, es imposible comprender algo de la Rusia Soviética, si no es bajo la perspectiva de esta fe. De ahí el fracaso político de una mayoría de demócratas occidentales que persisten con su interpretación puramente económica, política, social, de la política de la U. R. S. S.

En realidad, la Rusia Soviética es la concreción de la fe mesiánica del marxismo revolucionario.

Son los ateos los que han demostrado en occidente —cristiano de nombre— el poder de la “fe” en el desarrollo de la sociedad humana.

¡Qué paradoja!

Si se nos objeta que el bolchevismo no representa más que el triunfo de la crueldad bestial inhumana, de la que la historia nos ofrece tantos ejemplos, si se nos objeta que este terrorismo sangriento no deriva del marxismo, subrayaremos esto: Uno de los primeros en denunciar la brutalidad de Dzerdzinski y de la Checa —brutalidad que, finalmente, consolidó el régimen— fue Bukarin.

Y este mismo Bukarin fue justamente denunciado por Lenin por su falta de fidelidad al marxismo.

Curiosa concordancia.

Y ¿cómo explicar por la sola crueldad espontánea la fría eliminación de los cuadros del partido por Stalin, los asesinatos, las deportaciones en masa hacia Siberia de militantes revolucionarios de la primera hora?

En tanto las víctimas eran los enemigos del bolchevismo se comprende que algunos se alegraran.

Pero el sistema de las “purgas” repetidas, metódicas, no se comprende sino bajo esta perspectiva leninista: Suscitar contradicciones internas en el partido para mantener en él el tono revolucionario. ¿No es ésta la rigurosa aplicación de la ideología que observamos hoy en China?

Es ridículo, pues, presentar el régimen soviético como consecuencia “inevitable” de las aspiraciones obreras y campesinas del pueblo ruso.

No es la instauración del comunismo lo que era inevitable —ni lo es en 1968—.

Lo inevitable fueron las consecuencias: Desde que los rusos aceptaron —o sufrieron— el golpe de estado bolchevique era normal que los nuevos señores empujasen la fe que les había alimentado hasta sus consecuencias extremas.

Era inevitable que no hicieran marcha atrás ante nada, era

inevitable que procedieran, antes o después, a la proletarización de Rusia.

Lo que la revolución de octubre hizo inevitable fue la tiranía totalitaria que eclipsa, en crueldad, todo lo que hasta entonces se había cometido por la humanidad.

Lo inevitable no está en el desarrollo de un proceso económico social. Lo inevitable son las consecuencias trágicas del empleo voluntario por hombres animados en su espíritu por una profunda convicción, de la mentalidad marxista leninista para la cual la acción, la eficacia pura, la explotación de los fermentos de lucha, la prosecución exclusiva del éxito revolucionario, al tomar en ellos el lugar de decálogo, de la ley natural y de la moral cristiana.

Tocamos aquí el fondo del problema.

Si no hubo determinismo económico en la revolución bolchevique, ¿cómo explicarse el éxito?

Simplemente porque en 1917 hacía tiempo que la cristiandad había dejado de ser una fuerza social en el imperio de los zares. El pueblo ruso, tan profundamente religioso, se volvía entonces hacia Occidente.

Pero éste, desde hacía dos siglos, se estaba descristianizando.

José de Maistre, hablando de la influencia del filosofismo y de los escritores franceses en la Corte de Rusia, lo hacía ya notar:

«La primera lección que el pueblo (ruso) asimiló en el nuevo idioma fue la de la blasfemia».

Si Lenin, si la revolución bolchevique ha triunfado, ha sido oponiendo una fe nueva a la fe católica, una fe invertida cuyas consecuencias nos espantan más que nunca.

En 1917 Nuestra Señora misma, vino a Fátima a advertirnos:

«Si no os convertís, Rusia exparcirá sus errores en el mundo.»
Sus errores contra la Verdad.

Una «fe» contra la Fe.

II. FE Y SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA.

El comunismo soviético en el mundo moderno nos da prueba de que, en la revolución social, el factor determinante no es ni la situación geográfica, ni el crecimiento demográfico, ni el desarrollo del poder de producción, ni la importancia de la técnica, aunque estos factores tengan su importancia, aunque sea en un plano secundario.

Lo que importa esencialmente no es el lugar donde viven los hombres, no lo es su número, ni la técnica que tienen a su disposición, cualquiera que sea el papel de estas circunstancias materiales.

Es la fe en la que vive el hombre la que determina su manera de vivir y no ésta última la que determina su fe.

La realidad soviética aporta un mentís clamoroso a las afirmaciones de Marx y Engels.

La realidad soviética ilustra —en vacío, por lo negativo— lo que el desarrollo de los pueblos nos enseña: La historia de la civilización no es más que la historia del impacto producido por la religión sobre la sociedad humana.

Es muy de lamentar que en nuestra época de prejuicios materialistas sea ésta la única verdad que el hombre moderno prefiere ignorar.

Prejuicio lamentable: Mientras nuestros contemporáneos dejen de lado ese hecho dominante en la historia humana, la civilización estará amenazada. Mientras que el comunismo no sea reconocido como una fuerza ideológica, intelectual, animada por una «fe». En tanto no se comprenda que la única defensa de la civilización —llamada occidental— se halla en una renovación de la fe, en tanto que no se oponga la doctrina de la Verdad a la ideología marxista, la revolución continuará destruyendo, erosionando, dando la vuelta a todo lo que queda del mundo libre. No nos podemos extrañar.

Sin embargo, ¿qué ha hecho Occidente desde hace varios siglos?

Es interesante analizar la importancia que la Reforma ha tenido a este respecto:

— por una parte, sus consecuencias sociales y políticas manifiestan el carácter dominante del factor religioso en la historia;

— por otra parte, la Reforma ¿acaso no ha preparado, desde hace largo tiempo, una mentalidad sobre la cual la «fe» marxista iba a agarrarse y de la que sacaría conclusiones trágicas insospechadas?

La influencia de la reforma ha sido muy bien descrita por un dominico irlandés, el Rv. Padre Tomás Burke, al hablar de su país y de Escocia:

“Tenemos a nuestro alcance —escribe— en este grupo antiguo de islas verdes que surgen del Atlántico oriental, un reino, no tan viejo como Irlanda pero que perdura varios siglos después de que la nación irlandesa pareciera destruida. Se trata del reino de Escocia.”

Irlandeses y escoceses eran de la misma raza celta, tenían casi la misma lengua. Unos y otros tenían sus estirpes de reyes, su magnífica nacionalidad, su historia brillante por sus virtudes. Tuvieron santos entre sus reyes. La gloriosa estirpe de los monarcas escoceses era coronada en el antiguo palacio de Holyrood por los heroicos jefes de clanes.

¿Qué representa hoy Escocia, que tan potente fue por su lengua, su situación, su nacionalidad, su religión?

“Es una nación destruida. Una provincia de Gran Bretaña.

”Las tradiciones escocesas parecen abolidas como nacionales.

”Los muros medio caídos del castillo en que fueron coronados los reyes de su país es el único objeto de contemplación que le queda al moderno pueblo escocés.

”¿Cómo explicar este cambio?

”Cuando se planteó solemnemente la cuestión a Irlanda y Escocia: “¿Consentís en morir?” Escocia renunció a la fe católica y murió. Irlanda se agarró a esta fe y rechazó morir. Escocia renunció a lo sobrenatural a fin de guardar lo natural. Irlanda sacrificó lo natural, sus propiedades, sus riquezas, su prosperidad. Renunció a todo para conservar esta fe que ha

guardado hace más de mil años. Yo afirmo que todo el secreto de la nacionalidad irlandesa reside en esta vida y estos principios sobrenaturales" (8).

No es un suizo, sino un escocés, Hamish Fraser, quien cita este texto. Lo comenta así en la obra *Fatal Star* ("Estrella Fatal"): (9)

"La reforma en Escocia fue completa: Su fin era la abolición definitiva de todo vestigio de tradición católica. Casi todos los monasterios, abadías, iglesias fueron destruidos con el mismo patrón de la revolución española en el siglo xx. El resultado fue el triunfo integral del calvinismo. Un cambio característico siguió de ello: El aspecto monótono, poco emotivo, flemático de un pueblo que hasta la reforma había estado asociado a la corte de Francia e influenciado por ella hasta el punto de beber el vino galo (...)"

En Inglaterra, continúa Fraser, donde la reforma empezó por iniciativa del rey, "defensor de la fe", el cambio fue mucho más hábil.

Las iglesias no fueron destruidas, el servicio religioso evolucionó progresivamente, por etapas, guardando tantas características católicas que no parecía menos papista que el de Roma a los ojos de los escoceses. Así se destruyó el sentido de la iglesia.

Hamish Fraser ve en esta transformación religiosa el origen de una mutación del carácter inglés: la tendencia a transigir, la primacía de la forma sobre el fondo, la importancia del conformismo social encerrado en la expresión: "esto no se hace", deriva a sus ojos del estado de espíritu que resultó de la implantación gradual de la Reforma en las costumbres anteriormente católicas.

Esta influencia de la religión, de la "fe" es expresada por el escritor austríaco Erik von Knehnelt-Leddihn:

(8) Rv. P. Tomás Burke O. P. *The Supernatural life of the Irish People* (La vida sobrenatural del pueblo irlandés), citada en el libro de Hamish Fraser, *Fatal Star*.

(9) Obra citada, pág. 85.

“La religión —escribe— es quizá el más fuerte de todos los elementos exteriores que modela los caracteres de los individuos y de los grupos (...). Indica un destino y un medio. Es, pues, evidente que religiones diferentes implican maneras de vivir diferentes. No debemos jamás subestimar los efectos de otros factores: geografía, clima, biología, alimentación, historia, sociología. Sin embargo, los grandes cambios que provienen de la conversión de grupos numerosos no pueden dejarnos indiferentes. Modelos de conducta totalmente nuevos surgen en poco tiempo. Para convencernos de la importancia del factor religioso basta con que comparemos los habitantes de las islas católicas y a los de las islas protestantes en las Hébridas; comparar las ciudades de una y otra confesión en Alemania Central, en Hungría, en los Países Bajos, en Lituania, en Suiza. Una línea invisible separa la cultura de esas comunidades aunque hablen la misma lengua y obedezcan a las mismas leyes (...).

“La influencia del factor religioso se extiende también a la economía; la riqueza de los protestantes franceses, sin parangón con su importancia numérica, lo demuestra suficientemente. Max Weber, Troeltsch, Tawney, Fanfani, Krauss, mucho han escrito sobre este tema.”

* * *

En lo que respecta en la evolución de la fe protestante a la fe comunista escucheimos al marxista Dietzgen:

“Es con la reforma —dice— cuando el hombre comenzó una nueva experiencia terrena, la salvación por el trabajo sin renunciar a sus teorías sobre el cielo” (10).

Esta observación es muy profunda. En el Antiguo Testamento el signo de predestinación es el éxito temporal: Descendencia numerosa, posesión de tierras, de rebaños, de habitaciones y de vestidos, consideración pública del hombre que pla-

(10) *Philosophical Essays* (Ensayos Filosóficos) por José Dietzgen, pág. 91. Citado en *Fatal Star*, pág. 84.

tica con los sabios a las puertas de la ciudad. Esta idea, conservada en el judaísmo, es vuelta a tomar por los protestantes. Está en el origen de las teorías modernas sobre la eficacia material.

Max Weber lo muestra muy bien en su libro *Ethique protestante du capitalisme* (11).

No se puede olvidar especialmente el papel de los Cuáqueros en la construcción del capitalismo americano. De ahí la conjunción de las teorías sobre el cielo, de las que cada uno se hace intérprete en el libre examen con la mentalidad social de un pragmatismo de la riqueza y de la producción.

Esta nueva ética de la reforma no va a dejar de tener influencia en la vida de los pueblos, en su comportamiento, en su concepción de la moral y de la civilización.

La "fe" marxista no dejará nunca de empujar hacia este estado de cosas hasta sus últimas consecuencias. Desembarazada de las teorías sobre el cielo declaradas inútiles, simples alienaciones derivadas de los cerebros humanos, el marxismo hará de los valores de acción, de éxito, de eficacia, los criterios únicos.

La revolución religiosa del siglo XVI, la revolución capitalista de los siglos XVIII y XIX prepararán a la revolución marxista el terreno para su desarrollo. No se trata de afirmar que todos los líderes capitalistas tengan espíritu marxista. Y aún menos que los protestantes sean en general favorables al comunismo.

Lo que pensamos es que la "fe" protestante ha modificado profundamente los antiguos países cristianos y preparado, a través del mundo, un estado de espíritu al cual se ha agarrado la "fe" marxista de la que hemos hablado.

La ruptura de la Cristiandad en el momento de la Reforma, la distorsión entre la creencia privada y los principios que dirigen la vida pública han alterado el sentido cristiano de la política y, por tanto, de la historia.

Los espíritus clarividentes lo habían percibido, desde hace

(11) Plan, París.

ya un siglo, los peligros que la sociedad de entonces encerraba, y de los que vemos hoy su estallido en cadena. He aquí lo que anunciaba Luis Veuillot en 1862:

“... Cuando por una parte el socialismo haya destruido (...) los ejércitos con la guerra civil, la propiedad con la confiscación, la familia por la ética socialista y por la legislación. Cuando, por otra parte, el despotismo de Moscú haya aumentado y se haya afirmado como se puede prever, entonces el despotismo absorberá al socialismo, y éste último se encarnará en la persona del Zar. Estas dos terribles invenciones del Maligno se completarán mutuamente. El socialismo, que no posee ni Dios ni Patria, dará al Zar los instrumentos más despiadados después de haberle suministrado sus aliados más útiles... Los dos han declarado la guerra a la Iglesia de Jesucristo. Dueños del mundo, impondrán al mundo un yugo que pesará sobre las almas como sobre los cuerpos... Los socialistas ayudarán al Zar a abolir la conciencia, que es la libertad. (...) Así se castigará el orgullo de la civilización filosófica. Así esos titanes de la razón y de la ciencia humana gemirán bajo el yugo del hombre, habiendo intentado sacudirse el de Dios.”

Su yerno, el gran hombre político Donoso Cortés, había predicho doce años antes en un discurso en el Parlamento español (12):

“... cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos eslavones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la Historia; ese cas-

(12) 30 de enero de 1850; cfr. en VERBO, núm. 11, págs. 61 y sigs.

tigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India; de nada le servirán sus naves: ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos, y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos”.

El gran movimiento anunciado por Veuillot y Donoso Cortés ha partido ciertamente de Rusia. Pero ha encontrado en los jefes comunistas los promotores de una revolución mucho más radical y de un alcance universal.

Separación de la razón y de la creencia, del dogma y de la moral, de las instituciones civiles y de la doctrina cristiana que hasta ahí las animaba, separación de las naciones y de la autoridad pontificia, también descrita, ayer, por Pierre Virion, estas roturas de la nueva “fe” han llevado a la revuelta del hombre contra la naturaleza y contra Dios.

Los hombres han organizado esta revolución con todos los recursos de sus técnicas y sobre todo de su inteligencia, de su voluntad, cualesquiera que sean las circunstancias económicas, favorables o no.

Sí, el factor religioso, amado o combatido, es el factor más determinante de la historia.

O los hombres trabajarán para cumplir la voluntad de Dios en la sociedad, a pesar del pecado pero con el socorro de la gracia: Y las consecuencias benéficas de su Fe, tarde o temprano, no dejarán de hacerse sentir sobre la vida de las sociedades y de las naciones.

O los hombres aleándose contra El se convertirán en los agentes de su propia ruina. Podrán por la propaganda mantener las muchedumbres subyugadas o aplastadas. Podrán obtener éxitos de fuerza o de realizaciones materiales.

Pero lo que hace la grandeza del hombre y su dignidad de hijo de Dios perecerá por un tiempo que aún se ignora.

En el sentido cristiano de la historia podemos descontar algunos progresos verdaderos. En el sentido anticristiano que

algunos quieren imprimir a la historia, marchamos hacia una nueva barbarie. Y ya hemos entrado en ella.

Es urgente el oponer la totalidad de la fe católica al totalitarismo marxista; de lo contrario, ¿cuántos siglos, quizá, nos harán falta para salir de esta esclavitud? Si sobrevivimos, entonces el simple colegial comprenderá que la ilusión "progresista", más que la concepción materialista de la historia, de la que deriva, no tiene sentido. El menor colegial, al colocar la Fe en el centro de la historia, se dará cuenta de que resta de lo que permanece como un enigma para los profesionales romos, encerrados en ese "determinismo económico" desde el cual son totalmente incapaces de observar la realización.

Si sobrevivimos, la tesis de Marx y el "sentido marxista de la historia" parecerán tan ridículos como la herejía arriana lo es en nuestros días.

Pero si sobrevivimos, será porque el hombre habrá encontrado la experiencia real en una Fe viva, la Fe de una Iglesia capaz al mismo tiempo de "vencer al mundo" y de luchar "contra los ataques siempre renovados de la utopía malsana de la revolución y de la impiedad" (13).

(13) San Pío X, *Notre charge apostolique*.